

Vigésimo Noveno Domingo del Tiempo ordinario B/2018

Las lecturas de este domingo hablan de la importancia de servir. Muestran que existe un gran honor al servir a otros más que el de servirse a uno mismo. Nos invitan a sacrificarnos por el bien de nuestros semejantes.

La primera lectura describe la profecía de Isaías sobre los sufrimientos del servidor del Señor. Destaca en particular el hecho de que sus sufrimientos eran parte del plan de Dios. Muestra también que por medio de sus sufrimientos, muchos serán salvados. Así como también el servidor, será recompensado por Dios.

Lo que este texto nos enseña es que la salvación sale del sufrimiento. Otra idea que tenemos es que por haber aceptado con gusto el sufrimiento y el sacrificio de su propia vida, el servidor de Dios se hace una fuente de salvación para los demás.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en el que Jesús invita a sus discípulos a mostrar su grandeza por medio del servicio hacia sus semejantes. En primer lugar, el Evangelio dice que Santiago y Juan, dos de los discípulos de Jesús, querían que les diera una posición privilegiada en su reino.

Después, nos da la respuesta de Jesús quien les preguntó si podrían soportar los sufrimientos que tenía que pasar. Como contestaron positivamente, Jesús les dijo que no estaba en su poder el decidir sobre ello, que todo dependía de su padre.

Después de esto, el Evangelio da la reacción indignada de los otros apóstoles que estaban indignados por la petición de sus colegas. El Evangelio termina con la declaración de Jesús quien certifica que a diferencia de los jefes de este mundo que oprimen severamente a sus subalternos, ellos deberían ser diferentes. En consecuencia, el Evangelio dice que, al ejemplo de Jesús quien dio su vida para la salvación de muchos, el que quiera ser el primero, que sea el esclavo de todos.

¿Qué aprendemos de este texto? Hoy quiero hablar de la grandeza en el Señor. Pero, a fin de entender el punto al que quiero llegar, es mejor que nos refiramos a la experiencia humana.

De hecho, en nuestra vida diaria, cuando decimos que alguien es grande, estamos haciendo referencia a un conjunto de actividades que ha cumplido. Pensamos primero en lo que alguien ha hecho gracias a sus habilidades, en conjunto con las cosas en las cuales esa persona ha estado implicada y en la que ha dado todo de si, más allá de lo que haría la mayoría de la gente. En este sentido, la grandeza tiene que ver con los logros que realiza alguien exitosamente y que lo hacen diferente al resto de la gente.

La grandeza también tiene que ver con fama y poder, riqueza y prestigio, estado y posición. En tal contexto, lo que cuenta más es las habilidades mostradas, las capacidades de manejar las cosas y la influencia perdurable. La gente en tal posición es fácilmente contada como exitosa en sus tareas y cuenta con servidores su disposición.

En la visión de Jesús, la grandeza no tiene nada que ver con el estado o posición que tengamos, sino con el modo de servir a otros. La mayoría de las personas sirven a otros sin perseguir intereses personales y dan lo mejor de ellos a otros, como lo hacen más, por eso son grandes.

Es lo que Jesús trata de explicar a sus discípulos. Por lo tanto, la petición de los hermanos de Zebedeo es algo según el estándar humano en donde la grandeza tiene que ver con la posición social que coloca a alguien por encima de otros. De este modo, aun si los dos hermanos pueden aceptar los sufrimientos por el reino, sólo a Dios Padre le corresponde decidir quién es grande en su reino, después de que haya sido juzgado digno de él por su conducta en la tierra. Y el criterio para su juicio aquí, está el servicio que ofreció a otros y no la búsqueda del propio honor.

En este sentido, la grandeza consiste en la oportunidad de servir a otros y hacer el bien a los demás y no el servirse de los demás. Al decir esto, Jesús no rechaza el deseo humano de grandeza. Lo que quiere es que nuestro deseo de grandeza, por legítima que sea, se debe mostrar en el modo que nos esforzamos por hacer el bien a los demás más bien que simplemente en la búsqueda de nuestros intereses personales. Por eso, en la visión de Jesús, la grandeza tiene que ver más con la renuncia hacia el poder y a la aspiración de servir a otros.

¿Pero, por qué debemos comportarnos de esta manera? Bueno; tenemos que hacerlo así a imitación de Jesús quien es nuestro maestro y quien pasó su vida en la tierra al servicio de la humanidad y no en la búsqueda de su propio interés. Si no podemos actuar como él en nuestra relación del uno con el otro, será difícil para nosotros ser verdaderos discípulos.

Por eso la visión de Jesús, como se presenta, nos desafía seriamente en cuanto al modo en que ejercemos nuestra autoridad cada día y en la manera en que asumimos nuestros diversos roles en la sociedad. Un líder verdadero es el que se sacrifica a fin de hacer a otros felices, y no el que hace a otros sentir su autoridad. Es grande no el que deja a la gente que le sirva, porque está en posición de autoridad, sino el que sirve a la gente. Es privilegiado no el que usa su autoridad a fin de doblegar a la gente a su voluntad, sino el que sabe respetar la posición de otros de modo que obedezcan con gusto y no por coacción.

Al decir esto, no quiero decir que a fin de ser un buen líder, tenemos que ser fáciles o suaves con los que están bajo nuestro mando. El problema es sobre todo el modo en que ejercemos la autoridad, si se hace como una carga sobre los otros o como un modo de ayudarles de manera que lleguen libremente a la realización de sus aspiraciones. En este proceso, es también importante evitar el imponer a otros lo que nos disgusta a nosotros mismos. Por otra parte, sería tener un doble estándar en el ejercicio de nuestra autoridad.

Déjenos orar, entonces, para que el Señor nos ayude a buscar la grandeza por medio del servicio a nuestros hermanos y hermanas. Pidámosle nos ayude a desear sobre todo lo que es de beneficio para nuestros semejantes, en vez de concentrarnos en nuestros propios intereses. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Isaías 53: 10-11; Hebreos 4: 14-16; Marcos 10: 35-45



Fecha de la Homilía: el 21 de Octubre 2018
© 2018 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD
Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20181021homilia